



Hacer un análisis sobre la violencia resulta complicado, sobre todo por el hecho de que la violencia es sólo el efecto de alguna causa. Antes que hablar sobre la violencia propiamente, nos parece que es necesario ver cuáles otros conceptos están relacionados con nuestro problema, después habrá que ubicarlo históricamente.

Si consideramos que la violencia es propia de la naturaleza, el hombre en razón de su ser animal, participa también de esa naturaleza violenta. El hombre se diferencia de los otros animales porque posee inteligencia, pero en él están *todos* los instintos animales, incluido el de la agresividad o reacción violenta. La inteligencia se desarrolla sólo en la relación del hombre con la naturaleza; a tal relación hombre-naturaleza se le llama razón o conocimiento.

La razón existe como elemento desenajador de la naturaleza. Es decir, como una razón que niega su naturaleza pero sólo para reconocerse en ella misma.

Así por ejemplo, cuando los españoles llegan a América, las culturas americanas se encuentran aún en una situación en donde las concepciones mágicas del mundo caracterizan la relación de los seres humanos con el universo. Es decir, opera la razón como diferenciación entre el *yo* y el *no-yo*. En este caso, dice Rafael Llopis, "la actividad operativa que corresponde a esta no-diferenciación del *yo* y *no-yo* es la magia; como las emociones están en el mundo, su expresión mueve al mundo. Pese sin embargo, a esta base implícita errónea, la magia es, ante todo, una *praxis* y como tal, permite un aprendizaje por tanteo".¹

Atendiendo a estos hechos es que nos podemos explicar la existencia de los sacrificios humanos en las costumbres aztecas: "En la leyenda de los soles —que contiene el meollo de la teogonía náhuatl, (. . .) se habla de que el universo ya ha sido destruido cuatro veces, implacablemente, por diversos elementos representados por la lucha entablada por los cuatro primeros dioses hijos de Ometéotl. Cada mundo ha sido formado merced a la creación de un sol, así que para crear el quinto sol fue necesario el sacrificio de dos dioses —el pobre, llamado Nanahuatzin, y el dios rico, llamado Tecuciztécatl; de los cuales aquél se convirtió en el sol y éste en la luna que actualmente ocupan el firmamento—. De ahí que los aztecas concibieron el ambicioso proyecto de impedir, o al menos aplazar el cataclismo que habría de poner fin a su sol, el quinto de la serie."² La práctica de los sacrificios humanos representaba la posibilidad de la armonía de la naturaleza.

Aquí empezamos a encontrar las dificultades que representa un estudio o análisis sobre la violencia. El estudioso que escudriña en las causas que originan la violencia, frecuentemente extravía la brújula y tiende imperceptiblemente a encuadrar el fenómeno de la violencia como si fuera una variable independiente en todos los procesos sociales; como una maldición inexplicable.

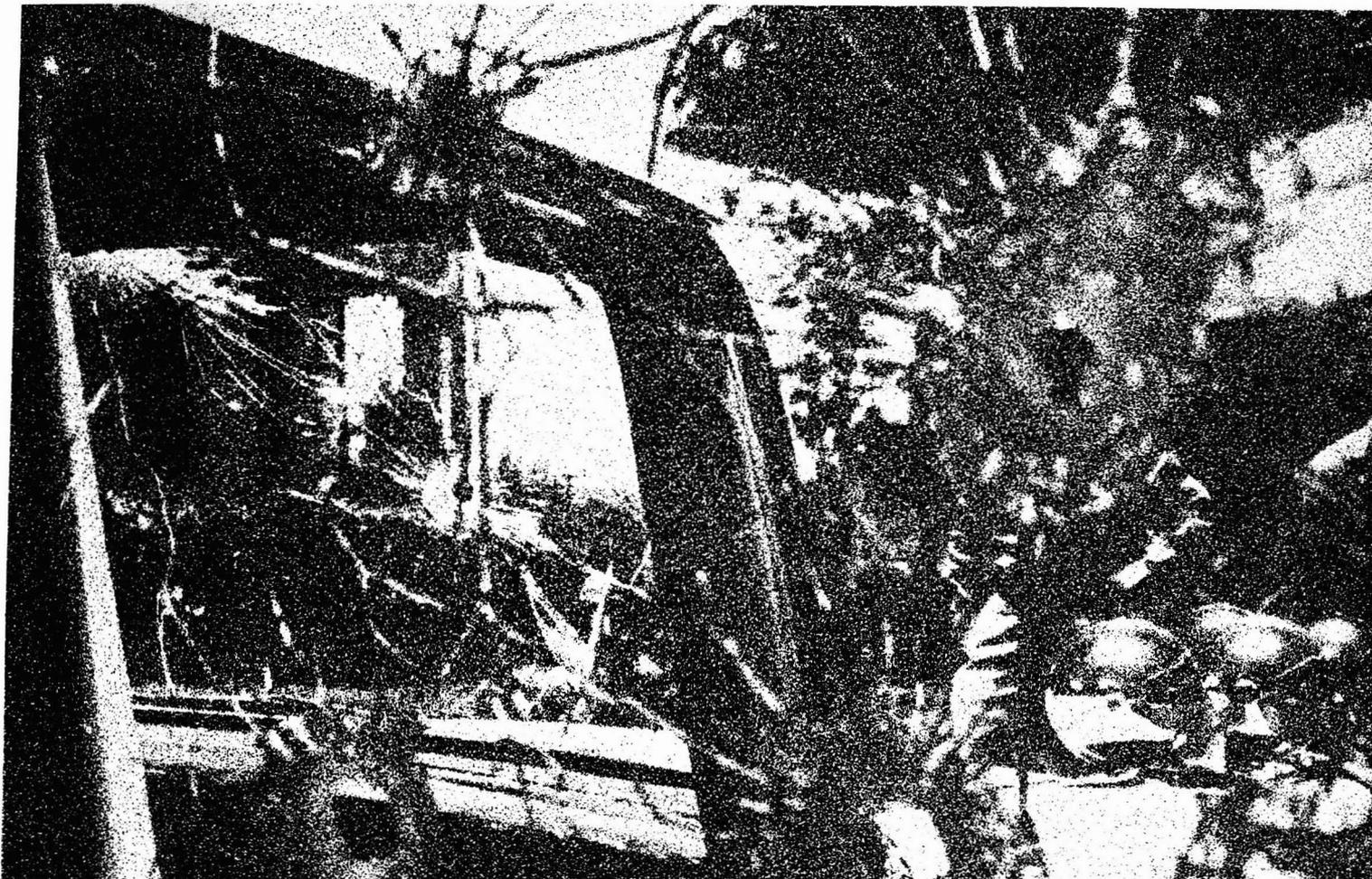
Como hemos visto en el caso de los aztecas, el más somero repaso a la antigua historia nos enfrenta de lleno con manifestaciones de una violencia inusitada, que a los ojos de una conciencia feliz de la sociedad contemporánea no sería más que producto del estado de atraso y salvajismo en que tales civilizaciones vivían. Empero el problema no es tan fácil de discernir, y los esquemas mentales de occidente se demuestran incapaces para entender una lógica totalmente diferente de la suya, sea oriental, americana precolonial, u otra.

Por ejemplo, si seguimos el razonamiento de la politóloga Hannah Arendt en su ensayo *Sobre la violencia* encontramos la siguiente afirmación: "La sustancia misma de la acción violenta está determinada por la categoría medios-y-fines, cuya característica principal, en cuanto a los asuntos humanos, es que el fin está en constante peligro de dejarse abrumar por los medios que justifica y son precisos para alcanzarlo."³ Si aplicamos lo anterior para entender los fenómenos de violencia que se encuentran en la milenaria tradición china de la tortura, o para explicar los ritos de los sacrificios humanos en la civilización azteca, encontramos obstáculos insuperables de solución teórica. Ya que los fines y los medios en la lógica oriental antigua, o bien en la lógica azteca, son radicalmente diferentes a la categoría medios-fin de la empirista concepción occidental. En los aztecas el "fin" perseguido con los sacrificios humanos se inscribe no en la consecución empírica de un objetivo, sino en su concepción filosófico-religiosa del universo. Asimismo, la tortura clásica china no guarda ninguna similitud con la utilitaria y pragmática concepción que los torturadores occidentales mantienen al aplicar sus técnicas, sino que consistía en un elaborado rito cargado de implicaciones metafísicas, que consistía en el gradual aproximamiento al dolor absoluto y eterno, era una ceremonia cruel y profunda más que un interrogatorio. Obviamente que existían grupos sociales detentadores de los privilegios, tanto en la civilización china como en la azteca, y que al tiempo que explotaban a los demás, por lo mismo ejercían la violencia; lo que no puede afirmarse es que la violencia del mundo antiguo tuviera una explicación estricta dentro de los términos de la apropiación de un

1. Rafael Llopis: "Introducción" *Viajes al otro mundo*, de H.P. Lovecraft, Madrid, Alianza Editorial, 1971.

2. Orlando Ortiz: *La violencia en México*, México, Diógenes, 1971

3. Hannah Arendt: *Sobre la violencia*, México Joaquín Mortiz, 1970.



fin material concreto.

A nuestro modo de ver, para abordar el análisis sobre la violencia hay que partir de una perspectiva histórica, es decir económica, política y social. Consideramos que socialmente el problema de la violencia se crea —y a su vez se recrea de mil formas— ahí donde la coerción —sea ésta psicológica o militar— se emplea por un grupo social determinado para arrebatar a otro, o mantener sobre él, privilegios políticos y económicos. Entiéndase que no queremos asfixiar una compleja realidad en un enunciado ortodoxo y limitado, sino más bien abordar la explicación del

fenómeno de la violencia a partir de las causas objetivas que la crean, y no a partir de las diversas y a veces opuestas manifestaciones en que se expresa.

Cuando los conquistadores españoles llegaron a nuestro continente americano se extrañaron sobremanera de la salvaje violencia imperante en ciertas prácticas religiosas y guerreras indígenas. Esto en ninguna manera les impidió aplicar sobre los nativos una violencia técnicamente superior (la distancia del arcabuz o la ballesta), lo cual en última instancia fue su definitiva superioridad. En esa época el mundo occidental había racionalizado de una muy

peculiar manera la violencia y el de ésta. No sólo la técnica militar había avanzado en los países europeos, sino que también se llegaban los tiempos en que dichos países empezaban a alcanzar un grado de organización social y política superior, a la que posteriormente se le llamó el *Estado nacional*, tal vez una de las mejores definiciones de Estado es aquella que lo considera "el organismo que monopoliza la *violencia legal* en un determinado territorio". De esta manera, mediante el sistema de incorporar la economía colonial al mercado mundial, fin obtenido por el medio de la violencia se empezó a universalizar una nueva y diferente violencia. Ya no era la refinada y compleja actitud de antes, llegaba el turno de la ascética y eficiente violencia de los calvinistas del norte, o bien de la atropellada y sangrienta codicia del conquistador español. La violencia resultó elemento constitutivo y esencial del progreso económico y social de las entonces metrópolis coloniales. Entre más fuera la violencia aplicada con el objeto de extraer los ricos recursos, más se desarrollaba el mercantilismo mundial, y entre más se desarrollaba éste, se sentaban las bases del próximo desarrollo industrial; sobre la marcha se veía la necesidad de aplicar más violencia. Así, en unas cuantas décadas disminuyó en millones la población indígena en la América española, como aumentaron en decenas de miles los esclavos negros en la América francesa e inglesa. La violencia como creadora de riqueza, como motor del progreso de quien la ejecuta, como multiplicadora de fuerzas productivas. Jamás economía y violencia se habían encontrado en tan estrecha relación. Desde entonces esa fue una relación que se estrechó cada vez más, en una intrincada dialéctica de efectos a largo plazo. El desarrollo económico del capital siguió su curso acumulativo, a su paso la violencia surgía de maneras inesperadas. La revolución del vapor y el industrialismo en países como Inglaterra ocasionaron el más violento y masivo desarraigo de los campesinos a su tierra, a lo que era un efecto de violencias anteriores, es decir, la vagancia y la mendicidad, se le resolvió con medidas de una violencia superior, como fue decretar la pena de muerte contra tales "delitos". Al mismo tiempo que las pujantes industrias crecían a ritmos acelerados en los países europeos, la exacción violenta de recursos de los países coloniales se llevaba a cabo con una eficiencia creciente.

Los historiadores modernos nos han hecho ver las ruinas en que quedó convertida la floreciente industria textil hindú bajo el dominio inglés, así como la elevada productividad del trabajo esclavizado en las plantaciones del sur de Estados Unidos, entre otros muchos ejemplos.

El progreso económico de los tres últimos siglos llevó intrínsecamente el mayor volumen de violencia que haya infligido una parte de la humanidad a otra. El reino de la escasez material iba cediendo ante los embates de la explotación violenta. El mundo

entero quedaba relacionado a través del mercado mundial y todos los hombres en su opresión o bienestar, eran causas y efectos de la totalidad de un sistema sangriento, producto de la esencia misma de su constitución.

Buscar las causas de esa arraigada y persistente violencia en interiores estructuras agresivas del individuo, o en el terreno del comportamiento ético es querer tapar el sol con un dedo.

Las guerras mundiales que convulsionaron al mundo en la primera mitad de este siglo, no fueron originadas por la crueldad de las clases dominantes, sino por la irracionalidad de una economía en espasmo que orilla a dichas clases dirigentes a persistir en la violencia al descubrir que la economía de guerra impulsaba la productividad agonizante en ese momento. Los millones de seres que fallecieron no fueron más que el combustible de emergencia que la maquinaria productiva del capital utilizó sin remordimientos para seguir en ascenso. Gran descubrimiento significó esto para las clases dirigentes a nivel mundial, pues después de la segunda guerra mundial la guerra ha continuado ininterrumpidamente hasta nuestros días: Corea, Vietnam, Africa, Biafra, Pakistán, etcétera. El sistema capitalista, hoy, vive de un descarado lucro de la economía de guerra. El material bélico "consumido" en Indochina garantiza el empleo y el consumo en la sociedad norteamericana.

Aquí radica la fundamental diferencia que existe en cuanto a abordar el problema de la violencia. A nuestro modo de ver el problema de la violencia puede ser abordado desde dos puntos de vista. Uno, el que implícita o explícitamente de la aceptación del imperialismo mundial y que, debido a eso, teme que el advenimiento de una próxima guerra destruya a toda la humanidad. Este planteamiento es algo mañoso: además de que la guerra existe ahora en este momento, en diferentes partes del mundo, la tendencia hacia el exterminio de la humanidad, debido a la irracionalidad con que el sistema establece su relación con la naturaleza (envenenamiento de ríos, contaminación del aire, etcétera) representa un peligro real de extinción a menos que se rectifique su rumbo.

El otro punto de vista está representado por los intereses de los países subdesarrollados; la mayoría de los hombres de Asia, Africa y América Latina se enfrentan a diario con las diferentes caras que asume la violencia: hambre, enfermedad, opresión, explotación y muerte. Sin embargo, la convivencia diaria con esta clase de violencia termina por hacer que ésta se vuelva de signo contrario, y la violencia, de opresora, pasa a convertirse en liberadora. La violencia, ha dicho Sartre, es una relación dialéctica que supone dos partes: el que la aplica y el violentado. El movimiento de dicha relación dialéctica ocasiona como respuesta la contra-violencia. Y en este sentido podemos concluir que: la contra-violencia es la posibilidad racional de poner fin a la violencia.